

MARÍA SURÉ

PROYECTO

B.E.L

Un descubrimiento que cambiará los libros de historia

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito del titular del *Copyright*.

Diseño portada: MGV Design.

Fotografía portada: ©agsandrew

ASIN: B076N75SBB

© 2017, María Suré.

*Para las dos estrellas que iluminan mi noche
ayudándome a no desviarme de este camino.
Y para el Sol que sigue ahí, brillando a pesar
de las nubes de tormenta.*

Índice

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Epílogo
Reflexiones

“Existen dos posibilidades: que estemos solos en el universo o que no lo estemos y ambas resultan igual de terroríficas.”

Arthur C. Clarke (1917-2008)
Escritor y científico británico.

Prefacio

Alguien entonaba un aria preciosa, pero ella la escuchaba distante, lejana, como difuminada dentro de su cabeza. Cuando entreabrió los ojos, la intensa luz del foco la obligó a parpadear. La cabeza le dolía tanto que creía que le iba a estallar, y las muñecas y los tobillos le escocían. Estaba sentada. Trató de levantarse, pero no pudo. Se dio cuenta de que algo no iba bien cuando miró hacia abajo y se vio desnuda. Escuchó un ruido y aguzando la vista pudo distinguir a alguien frente a ella. De repente lo recordó todo y entró en pánico. El horror se reflejó en su rostro cuando lo vio acercarse con una jeringuilla en la mano, lista para ser utilizada. Estaba perdida. Trató de resistirse, pero fue en vano.

—Relájate, esto hará que no sufras así que yo en tu lugar me estaría quietecita.

El hombre la agarró por el pelo y estiró hacia atrás, exponiendo su cuello a la aguja. Todo su cuerpo convulsionó, temblando de pavor. Sintió un pinchazo y fue consciente de cómo el frío líquido iba recorriendo sus venas. Se sintió mareada, aunque con una ligera sensación de euforia que casi agradeció. Por un momento perdió todo contacto con la realidad, su consciencia iba y venía caprichosamente. Cuando abrió los ojos, lo vio ponerse de

rodillas frente a ella. Llevaba algo en la mano que no alcanzaba a distinguir. La luz del foco se reflejó con un sutil destello en la hoja del bisturí y un gemido agónico desgarró su garganta. Trató de gritar, pero su voz sonó apagada, sin fuerza, como si no le perteneciera.

—Shhh... Tranquila, no te dolerá...

Capítulo 1

Alina debía darse prisa o llegaría tarde al trabajo. Se hizo una coleta rápida dándose un último repaso frente al espejo, cogió el bolso y se apresuró a salir de su apartamento. Su coche se había averiado hacía un par de días y lo había llevado al mecánico, así que no le quedaba más remedio que coger el metro. Estaba empezando a amanecer cuando salió a la calle y la recibió el frío aire de la mañana. Levantó el cuello de su abrigo para protegerse, mirando hacia el cielo. Por fin el tiempo parecía haber firmado una tregua después de cuatro días sin parar de llover. Caminó en dirección a la estación de metro de Russel Square, a unos cinco minutos a pie desde su casa. Vivía en una zona bastante tranquila de Bloomsbury, pero le inquietaba tener que caminar sola a esas tempranas horas de la mañana. Las calles poco a poco comenzaban a cobrar vida y ella aceleró el paso. Ya en la estación de metro, no pudo evitar detenerse unos instantes para escuchar el exótico sonido de un *didgeridoo*¹, que un madrugador músico callejero hacía sonar, maquillado con pinturas aborígenes y apostado en uno de los pasillos de acceso a los trenes. Después de depositar unas monedas sobre la caja de cartón que el artista destinaba a las propinas y recibir un saludo de agradecimiento del hombre, caminó hacia el andén con paso firme. Subió al metro abriéndose paso entre la gente apiñada en los vagones. Cada vez que utilizaba aquel medio de transporte, le llamaba la atención la gran variedad de culturas que convivían en aquella ciudad y le gustaba jugar a adivinar los idiomas de las distintas conversaciones que escuchaba, algo nada sencillo porque la mayoría eran dialectos desconocidos para ella.

Aunque ya habían pasado casi ocho años desde que se marchó de Kansk, su ciudad natal en Rusia, no acababa de acostumbrarse a vivir en una urbe tan grande. Alina seguía echando en falta muchas de las cosas que había dejado atrás, pero desde luego el clima no era una de ellas. Con temperaturas en invierno de más de

veinte grados centígrados bajo cero, la vida allí estaba muy condicionada a la meteorología. No se podía decir que el clima de Londres fuese espectacular, pero comparado con el de Rusia, le parecía una maravilla. Aunque le resultaba fastidioso cuando llovía varios días seguidos, enseguida dejaba de quejarse cuando recordaba los metros de nieve que debían retirar en invierno para poder salir de casa y lo limitada que era su vida en los crudos y largos inviernos rusos.

Cuando, a los dieciocho años comenzó sus estudios en la universidad de San Petersburgo, su calidad de vida mejoró sustancialmente. Pero dejó atrás a la abuela Vera, a casi 4000 kilómetros de distancia y con ella, un pedazo de su corazón. En San Petersburgo estudió informática y terminó la carrera de Astrofísica con excelentes resultados. Al finalizar, consiguió una beca financiada por el millonario ruso Yuri Galin para colaborar en su nuevo proyecto: el *Breakthrough Listen*². Se había trasladado a Londres hacía ya dos años para trabajar en el Centro Galin de Investigación Astrofísica, donde se desarrollaba desde entonces el proyecto. Su trabajo consistía en recopilar y estudiar, junto con un equipo internacional de expertos, los datos captados por las escuchas de radio procedentes del espacio y que se obtenían con dos de los mayores radiotelescopios del mundo, situados en West Virginia y en Australia. El objetivo del proyecto era la búsqueda de cualquier indicio de vida extraterrestre en el universo. El algoritmo que estaba desarrollando Alina, trataba de aislar señales pulsantes o continuas, del resto del ruido espacial. Era uno de los programas más ambiciosos que se habían llevado a la práctica, tanto por la gran cantidad de recursos utilizados como por su magnífico coste. En el pasado, otros proyectos similares y que funcionaron durante años como el SETI³, no llegaron a detectar señal alguna digna de interés. Pero el nuevo proyecto era cien veces más potente que todos sus predecesores. Tenía la capacidad de captar y almacenar en un sólo día la misma información que antes hubiera requerido todo un año. Para poder procesar toda la información recibida, en el Galin contaban con uno de los servidores más rápidos del planeta. Además, seguían disponiendo de la ayuda del antiguo programa SETI@home, para procesar los datos recopilados.

Alina se apeó en la parada de metro más cercana a su lugar de trabajo y, cuando puso el primer pie en el suelo del andén, una ráfaga de aire frío impulsada por el movimiento de los trenes en el túnel,

azotó su rostro. Recordó la noticia que había escuchado la noche anterior sobre la genial idea que había tenido una empresa española de instalar aerogeneradores en los túneles del metro para aprovechar las corrientes y producir energía eólica. Le pareció brillante. Subió las escaleras para regresar al mundo de la superficie, en el que una tímida luz del sol ya coloreaba la mañana. A su lado, un grupo de estudiantes se reían de algún chiste de camino a la universidad Queen Mary, situada muy cerca de allí. Alina caminó unos pocos metros y pronto divisó el imponente edificio de forma piramidal y totalmente acristalado en el que trabajaba. Disfrutó del curioso efecto que provocaba la luz del sol al acariciar sus vértices. Era una obra asombrosa y desde que lo vio por primera vez, tuvo la impresión de que había sido construido como homenaje a los antiguos egipcios y su afán por conocer y entender el universo. Sonrió al pensar en la cantidad de tiempo que el hombre había dedicado a tratar de entender el cosmos sin haber conseguido acercarse nada más que a una pequeña porción del prólogo de la creación. Y allí estaba ella, intentando obtener alguna pista que les proporcionase las claves para acceder a los primeros capítulos de ese gran libro de la vida. Quizá demasiado pretencioso por su parte, teniendo en cuenta los siglos de búsqueda infructuosa que había invertido el hombre en ello.

Entró en el edificio y saludó al nuevo guardia de seguridad. Éste le correspondió con un gesto de la mano y un “buenos, días señorita”, acompañado de una sonrisa nerviosa y un repaso de arriba a abajo a su figura. Alina estaba acostumbrada al efecto que solía provocar en los hombres. No es que le resultara desagradable, pero tampoco disfrutaba con ello. Siempre les ignoraba y, educadamente, esquivaba como podía sus insinuaciones. No pasaba inadvertida a las miradas masculinas y a alguna que otra femenina. Era de compleción pequeña, rubia y de rasgos delicados. Unos grandes ojos azules resaltaban sobre su tez, blanca como la nieve. El azul era el color que predominaba en sus ojos porque, una heterocromía parcial en el izquierdo, formaba un triángulo perfectamente diferenciado de color verde intenso, como si de una porción de pastel se tratase.

Continuó su camino hasta los tornos de entrada, que le permitieron el acceso al centro tras identificarse mediante la tarjeta de empleado y su huella dactilar. Subió hasta la planta doce contemplando, como cada día, el gran espacio interior del edificio a través de la cristalera de uno de los ascensores localizados en el centro de la pirámide.

—Buenos días, Laura —saludó a la recepcionista de la planta, que en esos momentos colgaba el teléfono.

Laura le regaló a Alina la mejor de sus sonrisas, adornada con el rojo brillante de su pintalabios y a juego con el color de las gafas que había elegido como complemento aquella mañana. Con un cuerpo espectacular, Laura era muy consciente de que atraía más miradas que la propia Alina.

—Buenos días, Alina —respondió—. ¿Qué tal tu fin de semana? Te echamos de menos el sábado. Deberías haber venido porque lo pasamos fenomenal.

Laura había organizado una quedada de varios compañeros de trabajo para cenar y tomar unas copas. Alina declinó su oferta muy amablemente cuando supo que también acudiría el pesado de Oscar. Era uno de los responsables de su área de trabajo y se fijó en Alina en cuanto puso un pie en aquella oficina por primera vez. Desde entonces se le insinuaba constantemente y su tesón parecía aumentar con cada rechazo. Oscar siempre había conseguido a todas las mujeres sobre las que había colocado su punto de mira, pero con ella su estrategia no funcionaba.

—Me hubiese gustado ir, Laura, pero...

—Ya lo sé —interrumpió ella—. No hace falta que te disculpes. Oscar se apuntó en el último momento y no pude decirle que no. Ese hombre es un cabezota. A veces pienso que sólo te persigue porque no puede soportar tu rechazo. Estoy segura de que empezaría a ignorarte en el mismo momento en que sucumbieras a sus encantos.

—¡No será en esta vida! —exclamó Alina mirándola con un mohín que provocó en su amiga una sonora carcajada—. ¿Almorzamos juntas hoy, Laura? —le preguntó, dirigiéndose hacia su despacho y zanjando la conversación.

—¡Claro! Nos vemos luego —aseguró Laura, volviendo a la pantalla de su ordenador.

Laura era una loca divertida con la capacidad de animar el día a todo aquel que se cruzara en su camino. A Alina le encantaba su impulsividad y su alegría contagiosa. Solían quedar para almorzar y a menudo tomaban algo juntas al salir de trabajar. Alina aún sonreía cuando entró en su despacho y cerró tras ella la puerta de cristal. Marcus ya estaba tecleando, concentrado ante uno de los tres monitores que utilizaba para trabajar, y a ella no le pasó desapercibido que minimizase la pantalla apresuradamente al

escucharla entrar. Su mesa era un desastre de papeles, latas de Coca-Cola, discos duros, vasos de café y envoltorios de chocolatinas. Todo aquello volvía a aparecer allí como por arte de magia, por mucho que los empleados de la limpieza se esforzaran en dejar aquel espacio impoluto cada día.

Dos de las tres paredes de la habitación triangular estaban inclinadas, ya que se unían formando uno de los vértices de la pirámide. La tercera, en la que se encontraba la puerta de entrada, también era de cristal. Con sólo presionar un interruptor, un sistema automático de paneles se desplegaba desde el techo para cubrir las paredes exteriores. Los paneles estaban formados por pantallas flexibles de última generación, capaces de proyectar imágenes de un realismo fascinante. Resultaban muy útiles para aislarse del mundo real y concentrarse, cosa que a Marcus le encantaba. Ese día había elegido una proyección del espacio en la que podía apreciarse la Vía Láctea con millones de puntos de luz sobre la oscuridad infinita. Salvo por la luz de una pequeña lámpara encendida sobre la mesa de Marcus y el resplandor de sus monitores, el resto del despacho estaba prácticamente a oscuras. Según sus propias palabras, era el ambiente idóneo para que sus neuronas se relajaran y conseguir el nivel máximo de concentración.

—Hola, Marcus —saludó Alina, quitándose el abrigo. —
¿Cuánto tiempo llevas aquí? Parece que no te hayas marchado a casa en todo el fin de semana.

Alina recordó que el viernes lo había dejado trabajando concentrado en la misma posición. Hasta parecía llevar la misma ropa.

—Hola, preciosa —respondió él, dejando de teclear y empujando su silla giratoria para volverse hacia ella—. No podía dormir y he llegado hace un par de horas. Llevo unos días desarrollando una mejora en el código que, cuando la acople al programa principal, estoy seguro de que nos va a dejar con la boca abierta. Sé que estoy a punto de conseguirlo y ahora no puedo parar.

Su pelo desgreñado y sus ojeras delataban las horas que llevaba sin dormir. Alina comenzó a preocuparse.

—Marcus, ¿Cuánto tiempo hace que no duermes? Nunca te había visto así.

—Es que..., creo que he dado con algo muy importante. Sólo necesito un poco de tiempo. Si estoy en lo cierto y lo consigo, utilizando la potencia del observatorio de California podríamos

formar una malla, junto a nuestros otros dos radiotelescopios, que multiplicará por cincuenta la sensibilidad en largas distancias. ¡Podría detectar la energía emitida por una simple bombilla desde el centro mismo de la Vía Láctea!

Mientras que el algoritmo que Alina desarrollaba estaba enfocado a detectar patrones repetitivos en las escuchas de radio, Marcus trabajaba en otro para ampliar la capacidad de cobertura y la sensibilidad de éstas. Estaba muy orgulloso del resultado y había bautizado a su algoritmo con el nombre de BEL, a partir del nombre del proyecto (Breakthrough Listen) al que le había añadido en medio la palabra *Endless*. BEL se había convertido en su chica y desde hacía meses sólo tenía ojos para ella.

—¡Eso es una buena noticia, Marcus! —opinó Alina emocionada—. Pero deberías dormir algo. Pareces muy cansado.

—He dormido poco los últimos dos días. Creo que sólo me mantiene en pie la cantidad de cafeína que llevo en el cuerpo —bromeó Marcus, presionando el botón que retiraba los paneles y dejando entrar la tímida luz de la mañana en el despacho.

Sonreía y trataba de mostrarse despreocupado, pero un pequeño gesto imperceptible a ojos de alguien que no lo conociera, un ligero brillo en su mirada, le hizo sospechar a Alina que algo no iba bien.

—¿Te ocurre algo, Marcus? No sé..., te noto raro.

—No es nada. Estoy cansado, eso es todo —respondió él, volviéndose de nuevo hacia el ordenador y comenzando a teclear—. Esto es muy importante, Alina —continuó diciendo—. Si funciona, marcará un antes y un después en el proyecto.

—Está bien. Pero tómatelo con calma, Marcus. Te estás estresando y el no dormir no creo que te ayude a concentrarte —observó ella, encendiendo su computadora y abriendo su libreta de anotaciones por la última página—. Venga, vete a casa y descansa unas horas. BEL puede esperar —le dijo, acercándose y apoyando las manos sobre los hombros de su compañero.

—No, Alina. No quiero irme —contestó, masajeándose la frente con un suspiro de cansancio.

—No pasa nada... Le diré a Laura que no te encuentras bien.

—¡Te he dicho que no! —exclamó Marcus bruscamente, haciendo que ella retirase las manos de sus hombros, sobresaltada por su reacción.

—Está bien... Como quieras —musitó Alina, volviendo a su sitio.

Sabía que algo iba mal. Conocía a aquel hombre desde hacía casi un par de años y nunca había reaccionado así con ella. No es que fuesen íntimos amigos, pero sí buenos compañeros. O eso pensaba. Las relaciones personales no eran el fuerte de Marcus. Pasaba más horas frente a una pantalla que en compañía de otras personas. Nunca quedaba con nadie para comer en el descanso del almuerzo. Siempre llevaba su comida preparada, que devoraba fría, sin apartar la vista de su código. Tampoco le gustaba quedarse a tomar algo al acabar la jornada. Volvía a su casa escuchando música por los auriculares, aislándose del mundo. Un mundo en el que parecía no encajar del todo. Alina había sentido curiosidad en alguna ocasión por saber cómo sería su casa. ¿Viviría solo? Nunca le hablaba sobre su vida privada así que, en ese aspecto, Marcus era un gran misterio. A menudo lo imaginaba en compañía de alguna mascota que le ofreciese el cariño desinteresado que le faltaba en su vida cotidiana. Laura decía que era un rarito. Uno de esos frikis incapaces de interactuar con algo que no esté formado por componentes electrónicos. Y sí, tenía que darle la razón y reconocer que era un poco raro, pero a ella le caía bien. Solían bromear juntos, comentaban alguna noticia de actualidad o incluso hablaban sobre alguna anécdota que le hubiese ocurrido a Alina, pero nunca de nada relacionado con él. Sólo se encontraba realmente cómodo cuando trataban algún tema relacionado con su trabajo, con la investigación que ambos llevaban a cabo o, por supuesto, con BEL.

—Perdona, Alina. Tú no tienes la culpa —se disculpó, arrastrando su silla sobre las ruedas para acercarse a ella y cogerla de la mano.—. Estoy muy nervioso. Es que... está ocurriendo algo.

—¿Qué es lo que pasa, Marcus? —quiso saber Alina, frunciendo el ceño con gesto preocupado.

—No sé cómo explicártelo y seguro que piensas que soy un paranoico, pero... creo que alguien me está vigilando desde hace varios días.

—¿Qué? —exclamó ella sorprendida—. ¿Qué quieres decir?

—Verás, alguien ha entrado en mi casa —explicó, relajándose un poco al ver que ella no le tomaba por loco—. No se han llevado nada y todo continuaba en su lugar... —hizo una pausa revolviéndose en su asiento—, pero sé que lo han hecho.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Me di cuenta por casualidad. Había estado jugando con mi mechero. Es un Zippo de la época en la que fumaba. Me relaja el sonido metálico que hace al abrirlo y cerrarlo y me ayuda a concentrarme. Cuando acabé de trabajar, cerré el portátil y coloqué el mechero sobre él. Es muy original, ¿sabes? Tiene, en ambas caras, la imagen serigrafiada de un indio. Es un sioux con una rodilla apoyada en el suelo y el arco tensado preparado para lanzar una flecha. Me encantan las historias sobre los indios americanos y los vaqueros. Me lo regaló alguien muy especial.

Alina asintió con la cabeza muy atenta y sorprendida al darse cuenta de que, en un sólo minuto, le estaba proporcionado más información sobre su vida que durante los dos años que habían trabajado juntos.

—Cuando regresé a casa después de trabajar, el mechero no estaba exactamente como yo lo dejé.

—Pero ¿cómo puedes estar seguro? Puede que sólo sean imaginaciones tuyas o que...

—¡No son imaginaciones mías! —la interrumpió Marcus un tanto contrariado—. Déjame explicarte. ¿Conoces la historia de Alan Turing?

—Sí. Bueno..., más o menos. Sé que, en la Segunda Guerra Mundial, logró descifrar los mensajes que los alemanes enviaban codificados con la máquina Enigma.

—Es uno de mis ídolos desde que tengo uso de razón. Fue el padre de la informática moderna e inventó una máquina llamada *Bombe*⁴, que utilizó para descifrar los códigos. Con ella se formalizó el concepto de lo que ahora conocemos como algoritmo. Era un hombre excepcional, con una mente brillante y que contribuyó ampliamente a los avances en inteligencia artificial. Su único delito fue ser homosexual, por lo que se le condenó y se le retiraron todos los méritos y condecoraciones que había ganado con su arduo trabajo. Es curiosa la capacidad de olvidar que tiene el hombre cuando le interesa. Somos capaces de degradar y destruir a alguien que nosotros mismos hemos colocado en un pedestal, simplemente por habernos dado cuenta de que es diferente. A Turing se le dio la opción de ir a prisión o someterse a una castración química, a la que finalmente tuvo que acceder. Poco después se suicidó ingiriendo una manzana envenenada con cianuro.

—Bueno, esa hipótesis no es del todo fiable, hay quien cree que lo asesinaron.

—Yo estoy convencido de que se suicidó. Sus últimos años debieron ser horribles. Sufrió importantes alteraciones físicas debido a las inyecciones de estrógenos a las que fue sometido. El caso es que se dice que el logotipo de la manzana mordida de la marca Apple es un homenaje a Turing...

—No entiendo —interrumpió Alina, negando con la cabeza—. ¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Qué tiene que ver con que alguien haya entrado en tu casa?

—Justo detrás de mi mesa de trabajo, en la pared, tengo un póster con una caricatura en la que puede verse a Alan Turing ofreciéndole su manzana mordida a Steve Jobs.

—Sigo sin entender nada.

—¡Ten paciencia! Cuando me levanté de la silla me fijé en que, por casualidad, había dejado el mechero sobre la tapa del portátil de forma que el indio apuntaba con su flecha al corazón mismo de la manzana de Turing y Jobs. Lo recuerdo perfectamente porque me eché a reír pensando en que desde allí haría un blanco perfecto, como Guillermo Tell, y lo dejé así. Cuando al día siguiente regresé del trabajo y fui a conectar el portátil, me quedé de piedra. El mechero estaba exactamente en el mismo lugar, pero el indio apuntaba hacia el lado contrario.

—¿Alguien debió revisar tu ordenador! ¿No notaste nada más? ¿Se llevaron algo?

—Todo estaba en orden, nada fuera de lugar. Ni siquiera forzaron la cerradura.

—¿Crees que alguien podría estar interesado en BEL? —preguntó Alina, llevándose la mano a la frente, sobrepasada por las consecuencias que algo así podría acarrear.

—Es posible. Lo guardo todo encriptado, pero estoy seguro de que han tenido acceso al código.

—¿Quién podría querer hacerse con el algoritmo?

—¿Estás bromeando? Aún sin acabar puede valer millones de libras. Pero eso no es todo, Alina. Desde hace días, antes incluso de descubrir la intrusión en mi apartamento, tengo la sensación de que alguien me sigue. Creo que me están vigilando —anunció Marcus consternado. Sólo su gesto de verdadera preocupación evitó que su compañera explotara en una carcajada.

—Pero... no tiene sentido —opinó Alina, tratando de disimular su incredulidad—. Deberíamos contárselo a la policía.

Marcus se movía de un lado a otro del despacho, masajeándose las manos, nervioso.

—Algo está ocurriendo, pero no logro adivinar por dónde van los tiros —observó, clavando su mirada en los ojos de Alina para hacerle sentir lo delicado de la situación—. No se lo digas a nadie de momento, y mucho menos a la policía. No sabemos quién puede estar detrás.

—¡Muy buenos días! —exclamó la voz de Oscar a sus espaldas, interrumpiendo la conversación—. Parece que hoy no tenemos muchas ganas de trabajar. ¿Verdad, parejita?

Con ambas manos en los bolsillos de su pantalón, Oscar se balanceaba alternando su peso sobre los talones y la punta de los dedos de los pies. Hablaba muy serio, sin dejar de mirar a Alina y prácticamente ignorando a Marcus.

—¿Sabéis lo que le cuesta al centro una sola hora de vuestro puñetero trabajo? —preguntó, sin esperar respuesta alguna—. A lo mejor al señor Galin le gustaría saber que su dinero se desperdicia en vuestros cotilleos matutinos.

Alina le observó allí de pie, junto a la puerta. Llevaba una camisa blanca ajustada que dejaba entrever unos pectorales perfectamente entrenados en el gimnasio. Su pelo estaba perfectamente engominado y mostraba una mirada arrogante perfectamente ensayada delante del espejo. Ella se volvió hacia su puesto de trabajo para ocultar su gesto de desagrado. Aquello era un castigo por su desplante del fin de semana, por haber rechazado la oferta de salir a tomar unas copas cuando supo que él se apuntaba. Siempre ocurría lo mismo y Alina empezaba a cansarse. Nadie podía cuestionar el trabajo que tanto ella como Marcus realizaban y mucho menos aquel impertinente.

—¡A trabajar! —rugió Oscar visiblemente enojado y levantando la voz lo suficiente como para que lo oyeran los demás empleados de la planta—. ¡No os pagan para esto!

Cerró la puerta tras él, dejando a Alina resoplando y a su compañero mordándose la lengua.

—Deberías hacer algo con ese capullo antes de que empiece a arruinarte la vida —sentenció Marcus, colocándose los auriculares y volviendo al trabajo.

Alina asintió. Tenía que buscar la manera de que Oscar dejara de acosarla. ¡Hasta Marcus se había dado cuenta!

...

A la hora del almuerzo, fue Laura la que entró en el despacho para rescatarla. Después del incidente con Oscar, Alina no se había movido de su silla ni para servirse un café en la máquina del pasillo. Tenía el estómago revuelto, y su orgullo también. Ya sentadas en una de las mesas del comedor destinado a los empleados, fue Laura la que rompió el hielo.

—No te agobies. No es más que un chulo que se cree más que nadie. Pasa de él —le aconsejó a Alina, tomándole la mano para animarla.

Alina no contestó. Se limitó a recorrer con la mirada las mesas del comedor, para asegurarse de que Oscar no se encontraba allí. Era temprano y sólo unas cuantas estaban ocupadas, pero pronto aquella calma se transformaría en el bullicio diario de comensales portando sus bandejas de comida y de conversaciones ahogadas por los ruidos de la vajilla. No podía dejar de dar vueltas a lo que Marcus le había contado. ¿Quién habría entrado en su casa? Y lo más intrigante, ¿qué estarían buscando? No tenía mucho sentido que alguien quisiera robar el código de BEL; no existían muchos campos donde poder aplicarlo sin despertar sospechas.

—¡Alina! —exclamó Laura, sacándola de su ensimismamiento—. ¡No me estás escuchando! —le reprochó.

—Perdona, Laura. Estaba distraída. ¿Qué me decías? —se disculpó, sonriendo al ver la cara de disgusto de su amiga.

—Digo que tienes dos opciones —expuso, llevándose un palito de pan a la boca—. O le haces caso de una vez y cedes a sus encantos... —le dio un mordisco seco y exagerado al pan—, o le mandas definitivamente al carajo para que te deje tranquila.

—Ninguna de las dos opciones es buena. Si no se sale con la suya, sabes que intentará hacerme la vida imposible. De hecho, ya ha empezado a hacerlo. Yo jamás me liaría con alguien así, es repulsivo.

—Pues..., tampoco está tan mal, mujer. Lo cierto es que es bastante atractivo—opinó Laura, con sonrisa pícaro.

—¡Antes muerta! —objetó Alina. La expresión de profunda tristeza en la que se transformó su rostro le hizo suponer a su amiga que su mente estaba a miles de kilómetros de allí.

—Nunca me has contado lo que te pasó, quizá sea bueno que lo compartas con alguien —la animó, colocándose correctamente sus gafas de pasta rojas.

La mente de Alina regresó a aquella fría tarde de otoño en San Petersburgo. Hasta el más mínimo detalle se le había quedado grabado en la memoria y recordarlo era como visualizar una película que, después de lo ocurrido, había vuelto a reproducir infinitas veces. El color ocre característico de las hojas en esa época del año, inundaba los parques. Los abedules con sus cortezas blancas y los arces con su perfecta mezcla de tonos rojos y naranjas vestían la ciudad con la riqueza de los colores del otoño. El cielo plomizo indicaba que las primeras nevadas estaban próximas y ya podían verse los témpanos de hielo flotando en el río Neva. Una repentina bajada de temperatura había transformado los restos de lluvia de la mañana en grandes charcos helados por toda la calzada...

El ruido de un tenedor al caerse al suelo en la mesa de al lado, sacó de su ensoñación a Alina. Su mirada se ensombreció y permaneció fija en algún punto infinito del mantel, sin llegar a enfocar. Nunca había hablado con nadie de lo ocurrido aquella fatídica tarde en la que su vida cambió. Era algo que guardaba bajo la cicatriz que aquel suceso le había dejado en el alma y sacarlo a la luz dolía mucho más que mantenerlo oculto en estado de letargo, aunque corriese el riesgo de enquistarse por no haber sanado a su debido tiempo. Pero, contra todo pronóstico y sin saber ni cómo ni por qué, Alina comenzó a hablar, observando el espacio entre la botella de agua mineral y el plato de ensalada de Laura, como si leyera un guion invisible. Laura no pudo evitar echar una mirada en la misma dirección para comprobar que allí no había nada.

—Kolya y yo llevábamos juntos desde los dieciséis años, desde que me enamoré de él nada más verlo en el instituto de Kansk. Fue como en las películas —Alina hizo una pequeña pausa para sonreír y mirar a su amiga Laura, que la escuchaba inmóvil—, se me cayó al suelo un libro cuando iba a colocarlo en la taquilla y él se agachó al mismo tiempo que yo para recogerlo. Nuestras miradas se encontraron a sólo unos centímetros y yo me perdí en el brillo de sus ojos azules. Desde entonces, se convirtió en mi mejor amigo, mi confidente, mi amante. Nunca me había enamorado hasta entonces y sospecho que él tampoco.

Alina volvió a fijar su atención en Laura, que escuchaba muy atenta cómo su amiga le abría el corazón.

—Siempre estábamos juntos —continuó Alina—. Incluso conseguimos al mismo tiempo una beca para ir a la universidad en San Petersburgo. Todo era perfecto hasta que, a punto de finalizar la carrera, me ofrecieron la posibilidad de venir a Londres para trabajar aquí. Él no tuvo esa suerte y como nuestra situación económica en aquel momento era bastante precaria, su única opción era volver a Kansk. Yo no quería alejarme de él y sopesé la posibilidad de renunciar a la oferta y cambiar Londres por Kansk para no separarnos. Tampoco me entusiasmaba la idea de añadir más distancia a la que ya me separaba de mi abuela, así que durante un tiempo me convencí de que era la mejor opción. Pero él no estaba dispuesto a que yo renunciara a un futuro tan prometedor sólo por seguir a su lado. Decía que, si lo permitía, con el tiempo aquello se volvería en nuestra contra y nos separaría. Pero yo no podía entender su punto de vista, no soportaba la idea de alejarme de su lado y me ofusqué pensando que a él le daba igual. —Alina hizo una pausa para beber un poco de agua y continuó hablando:

—Era domingo. Kolya y yo volvíamos a casa después de visitar a unos amigos. Yo conducía nuestra vieja y ruidosa furgoneta que apenas se mantenía en pie. Aquella tarde, él estaba muy enfadado conmigo. Durante la comida con nuestros amigos anuncié, sin previo aviso, que iba a renunciar a la beca y que muy pronto Kolya y yo volveríamos a Kansk. Después de eso, apenas me habló en toda la tarde, hasta que subimos al coche de camino a casa. Cuando por fin se decidió a dirigirme la palabra, comenzamos a discutir. Nunca le había visto tan enojado y cuando yo le dije que había tomado aquella decisión porque le amaba, me miró muy serio y me dijo que él ya no podía decir lo mismo.

Alina detuvo su narración para sonarse la nariz y enjugarse las lágrimas que habían comenzado a recorrer su rostro.

—No es necesario que continúes —la tranquilizó Laura que podía sentir su dolor—. Podemos dejarlo para otro momento...

—No —la interrumpió ella, levantando la mano para hacerla callar—. Quiero contártelo todo, por favor.

—Adelante entonces.

Alina suspiró y continuó hablando.

—La discusión subió de tono. Yo no podía creer lo que él acababa de decirme. Fui tan tonta de pensar que era cierto, que ya no me quería y que aquella era una buena manera de deshacerse de mí. Me puse histérica y apreté el acelerador con rabia sin percatarme de

que el semáforo de uno de los cruces de la avenida Nevsky se acababa de poner en rojo. Un autobús nos embistió cuando me lo salté...

Alina necesitó hacer una pausa para tomar aliento. Expulsó con un suspiro el aire que había retenido mientras recordaba, en un infructuoso intento de amortiguar el dolor que aún oprimía su corazón. Volvió a beber un poco de agua y el contacto del líquido frío con su garganta pareció ayudarle a enfriar también su pena, porque enseguida recuperó las fuerzas para continuar.

—Ni siquiera lo vi llegar. Estaba tan obcecada en la discusión, que me costó procesar lo que acababa de ocurrir. El autobús nos arrastró varios metros y no se detuvo hasta que la furgoneta quedó empotrada en una farola y no pudo avanzar más. La farola atravesó la chapa del coche, rasgándola para formar dos cuchillas afiladas que acabaron clavadas en mi costado. Cuando desperté, después de unos segundos de inconsciencia, el dolor que sentía apenas me permitía respirar. Pero mi cuerpo magullado dejó de tener importancia cuando miré hacia el asiento del copiloto — Alina hizo una pausa para tratar de deshacer el nudo que le oprimía la garganta—. Kolya se había llevado la peor parte. Seguía sentado, pero sus piernas no se unían en línea recta con su columna vertebral porque su tronco se había desplazado de una manera totalmente antinatural. Entonces entendí que algo iba muy mal. Cuando intenté hablar, mis pulmones produjeron un ruido extraño, como el de un acordeón con el fuelle estropeado. Recuerdo perfectamente el sabor metálico de la sangre entre mis dientes. Logré moverme lo suficiente como para alcanzar su mano y al rozarla, él abrió los ojos y me miró. Me sonrió con la mirada calmada de alguien que sabe con certeza que ha llegado su hora y deja de resistirse a abandonar este mundo. Sus ojos azules eran como un mar en calma después de la tempestad y me asustó descubrir la paz que irradiaban. Él apretó mi mano para calmarme y, en susurros, me hizo prometer tres cosas, a las que yo fui asintiendo una por una porque mi cerebro bloqueado me había negado la capacidad de articular una sola palabra. Con el ruido y las voces de fondo de la gente que se arremolinaba alrededor de la furgoneta para tratar de excarcelarnos, como si se tratase de la banda sonora de otra película ajena a la nuestra, me hizo prometerle que jamás me culparía de lo que acababa de ocurrir porque había sido un accidente, a lo que asentí con lágrimas en los ojos. Mi segunda promesa fue que aceptaría la beca de Londres y, por último, tuve que

asegurarle que algún día reharía mi vida con alguien que me amase de verdad. Sus últimas palabras fueron: “Te quiero, Alina. Nunca he dejado de hacerlo”. No sé si él pudo escuchar mi susurro cuando le dije que yo también le amaba y que siempre lo haría. Lo último que recuerdo fue que dejé de sentir la presión de su mano sobre la mía y que el llanto me asfixiaba. Escuché una voz, en la lejanía, que me aseguraba que la ambulancia estaba de camino y que todo saldría bien. Pero nada salió bien porque, aquella preciosa tarde de otoño, Kolya se marchó para siempre.

Sorprendentemente, Alina estaba tranquila al finalizar su narración, aunque a Laura le costaba mantener a raya las lágrimas tras los cristales de las gafas.

—Esa es mi historia —concluyó Alina y entonces fue ella la que tuvo que acariciar el brazo de su amiga para aliviar su congoja—. Cada mañana, cuando me miro al espejo y veo la fea cicatriz de mi costado, no puedo evitar revivir aquellos últimos minutos en que nos despedimos. Recreo en mi imaginación todo lo que querría haberle dicho en ese momento y no pude. Recuerdo sus palabras, su calma, su mirada... ¡le extraño tanto! Añoro sus besos, sus caricias, su sonrisa... Sólo hay una cosa que me pesa y es que no sé si algún día seré capaz de cumplir la última promesa que le hice.

—¡Claro que podrás! —aseguró Laura entre sollozos, sorbiéndose la nariz—. Estoy segura de que, tarde o temprano alguien volverá a conquistar tu corazón. Ya lo verás. Te lo mereces, Alina —afirmó, con una sonrisa sincera.

Laura creía fervientemente en el karma, en que cada acto que una persona realiza deja una huella en su mente y en su alma y, con el tiempo, eso produce unos resultados. Estaba convencida de que nuestros actos son semillas que, aunque tengan que transcurrir varias vidas para darse las condiciones necesarias, al final acabarán germinando.

—Tienes un corazón sensible y rebosante de amor —recalcó Laura—, y uno siempre acaba recogiendo lo que siembra —opinó, guiñándole un ojo, esta vez con una gran sonrisa.

—No empieces con tus teorías —le rogó su compañera de almuerzo con una sonrisa burlona y un ligero puntapié bajo la mesa.

—Sabes que tengo razón, y yo sé que tienes la fuerza necesaria para superar esto. Puedo sentirlo...

—Y yo puedo sentir que eres muy buena amiga y que me quieres un montón —alegó Alina con una sonrisa de oreja a oreja—.

Anda, termina esa ensalada que aún no la has tocado. Ya casi es hora de volver al trabajo.

—Es cierto —afirmó Laura ojeando su reloj—. ¡Se me ha pasado el tiempo volando! —observó, atacando el plato que aún permanecía intacto.

—Y que sepas que no pienso darle al imbécil de Oscar otro motivo para humillarme —aseveró Alina, cogiendo su tenedor para imitarla.

...

Pronto ambas volvían a sus respectivos puestos de trabajo y antes de separarse, Laura apoyó su mano en el hombro de Alina.

—Me alegro de que hayas confiado en mí abriéndome tu corazón —le dijo emocionada.

—Gracias por escucharme, Laura. Ahora me siento mejor.

Alina se despidió sonriendo. Efectivamente, y muy al contrario de lo que siempre había pensado, se sentía más ligera. La sensación de vacío que solía acompañarla cada día, parecía haberse disipado.

Al volver al despacho, Marcus seguía en su silla, frente a su inseparable ordenador. Parecía muy concentrado y se sobresaltó al oír el saludo de su compañera.

—¡Hola, Alina! Me has asustado —protestó, volviéndose para saludarla con una media sonrisa.

—Lo siento, Marcus. No era mi intención —se disculpó ella—. ¿Aún sigues trabajando? Deberías descansar un poco y comer algo...

—Ya he comido, no te preocupes. Estoy bien —afirmó, volviendo a la pantalla.

Pero no estaba bien, Alina podía notarlo. Cada músculo de su cuerpo estaba en tensión y estaba segura de que saltaría como un resorte si alguien le tocara en aquel momento.

—Sigues preocupado, ¿verdad? ¿Quieres que sigamos hablando? —le propuso ella, mirando hacia la oficina a través de la pared de cristal por si a Oscar le daba por aparecer de nuevo por allí.

—No, no —rehusó Marcus—. No tiene importancia. Estoy un poco paranoico, eso es todo. No he dormido muy bien —alegó, escurriendo de un sorbo su enésima lata de Coca-Cola del día. La aplastó con un golpe seco que sobresaltó a Alina y la lanzó a la papelera como si fuera una pelota de baloncesto.

—Puede que entre los dos logremos averiguar quién ha entrado en tu casa y...

—¡He dicho que no! —se impacientó Marcus, alzando el tono de voz—. Olvida todo lo que te he contado, ¿vale? No ha ocurrido nada. Y ponte a trabajar que no estamos aquí para charlar —repuso, zanjando la conversación y colocándose los auriculares. A continuación, le dio la espalda y continuó tecleando.

«¡Será imbécil!» —pensó Alina. ¿A qué venía aquel repentino cambio de humor? Después de haber hablado con él por la mañana y de haberla hecho formar parte de lo que quiera que fuese que estaba sucediendo, de repente le venía con esas. El azúcar de los refrescos debía estar alterando sus neuronas porque no parecía la misma persona que horas antes se había sincerado con ella. «¡Que le den!» —Se dijo a sí misma y volvió a su trabajo.

Pero no era un buen día para concentrarse. La conversación con Laura había despertado recuerdos que asaltaban su mente de forma caprichosa, interfiriendo con los bloques de código de la función que trataba de implementar. Por otra parte, estaba enfadada con Marcus y su bipolaridad. Se sentía como una tonta al haber pensado que se había ganado su confianza. Estaba dándole vueltas a todo aquello cuando él la interrumpió.

—Me marchó, Alina. No puedo concentrarme y estoy perdiendo el tiempo aquí —le explicó, recogiendo sus cosas—. Mañana volveré temprano.

Alina observó su reloj. Aún faltaba casi una hora para finalizar su jornada laboral. Marcus se acercó a ella colocándose su abrigo marrón de pana. Mientras lo abotonaba, dijo:

—Siento mucho lo de antes. Por favor, no lo tengas en cuenta. Mañana, cuando esté más tranquilo, si quieres hablamos tomando un café...

—¡Que te den, Marcus! —le interrumpió ella—. No tengo nada que hablar contigo —aseguró, ignorándole y simulando concentrarse de nuevo en su programa.

Marcus permaneció indeciso unos segundos más y, a continuación, dio media vuelta y se marchó.

En el mismo momento en que su compañero salió por la puerta del despacho, Alina ya se había arrepentido de sus duras palabras. ¿Por qué había actuado así con él? No era propio de ella ese tipo de reacciones. Al fin y al cabo, él acababa de pedirle perdón y cualquiera podía tener un mal día. Sintió la necesidad de disculparse

ella también. No podía dejar las cosas así. Se levantó de un salto y salió del despacho cogiendo su abrigo al vuelo y corriendo hacia el ascensor que, en ese preciso instante se cerraba ante sus narices.

«Vaya» —pensó, presionando impaciente el botón de llamada—. «*No lo voy a alcanzar*».

Cuando por fin se abrieron las puertas del ascensor en la planta baja, Alina corrió en dirección a la calle buscando a su compañero con la mirada. Cuando lo vio, Marcus estaba a punto de cruzar la calle. Corrió hacia él y lo llamó levantando la voz para hacerse oír.

—¡Marcus, espera!

Él ya cruzaba la calzada cuando la oyó y se volvió. Aún sonreía al verla acercarse con el brazo en alto para llamar su atención, cuando le sobresaltó el ruido de un coche acelerando a altas revoluciones. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría, el coche lo atropelló, lanzándolo por los aires con gran violencia. A continuación, el vehículo huyó a toda velocidad.

Alina se detuvo en seco, petrificada y manteniendo la mano levantada durante unos segundos más, hasta que procesó lo que había ocurrido. Entonces corrió hacia el cuerpo que yacía en medio de la calle, inmóvil sobre el charco de sangre que comenzaba a formarse a su alrededor.

Capítulo 2

Hace tanto calor en este maldito lugar, que el sudor recorre mi rostro obligándome a limpiarlo con el dorso de la mano continuamente, para evitar que penetre en mis ojos. Siento el cerebro en ebullición bajo el metal del casco, que absorbe los inclementes rayos del sol abrasador del desierto. Me vienen a la memoria las frescas mañanas de primavera en mi casa de Alabama, cuando era un niño y jugaba en el jardín. Me cuesta mantener la concentración, pero sé que no debo distraerme lo más mínimo si quiero seguir con vida. El sonido del rotor del helicóptero se hace un hueco entre los balidos de las famélicas ovejas, captando mi atención. ¡Por fin llegan los refuerzos! Ahora, esos malnacidos van a saber quién manda. Han asesinado a todo mi equipo utilizando a un niño de apenas tres años como bomba humana. Yo me he salvado de milagro al ir caminando detrás de Cooper. Su cuerpo ha recibido toda la metralla protegiendo al mío del impacto mortal. Ha caído sobre mí, destrozado. Ni siquiera le ha dado tiempo a cerrar los ojos antes de morir. Desecho de mi mente esas imágenes que me atormentan y vuelvo a concentrarme en la mirilla de mi Barret M82. Hay un grupo de unos cuatro o cinco insurgentes escondidos tras las ruinas de una construcción de barro y madera. Escucho por radio la voz del capitán y me apresuro a indicarle mi localización exacta y un informe rápido de la situación, quedando a la espera de nuevas órdenes. Antes de que pueda contestarme, un proyectil lanzado desde la posición enemiga derriba el helicóptero y éste se estrella a pocos metros de mí. Me veo obligado a hundir mi rostro en la arena para esquivar los trozos de metal que salen disparados tras la explosión y la enorme bola de fuego que genera. Cuando por fin reacciono y logro mirar a mi alrededor, contemplo horrorizado, restos humanos por todas partes. Algo me ha golpeado en la pierna con fuerza y echando un vistazo rápido me doy cuenta de que es el casco del capitán. Aún conserva la bandera de USA en un lateral y

la insignia del águila sosteniendo un tridente, de la época en que perteneció a los SEAL. Todavía aturdido, alargo la mano con gran esfuerzo para lograr alcanzarlo, pero... ¡Oh, Dios! ¡Pesa demasiado! El corazón se me acelera y noto los envites de sus latidos en mis sienes. El pánico se apodera de mí cuando comienzo a girar el casco lentamente...

—¡Nooooo!

Un grito desgarrador surgió de la garganta de Liam, haciéndole saltar de la cama en la oscuridad de la noche. Por instinto, inmediatamente volvió a agazaparse en el suelo, adoptando una postura defensiva. Todos sus músculos estaban en tensión y cubiertos de una fina capa de sudor. Tardó unos instantes en reaccionar y darse cuenta de que se encontraba a salvo, en su casa. El campo de batalla había quedado atrás hace tiempo. Sólo había sido una pesadilla. Otra de tantas. Pero, al igual que en las demás ocasiones, le dejaban en un estado en el que le costaba regresar a la realidad. Su cuerpo y su mente habían sido concienzudamente entrenados durante años para sobrevivir. Adiestrados para matar. Ambos reaccionaban al unísono en situaciones críticas sin que él mismo fuese consciente de haber enviado una sola orden a su cerebro. Simplemente, ocurría. Entraba en modo automático desconectando su voluntad. Durante los breves instantes en los que tardaba en recuperar el dominio de su cuerpo, éste se transformaba en una máquina letal.

Lentamente, Liam fue tomando consciencia de la realidad en la que se encontraba. Tanteó en la oscuridad hasta alcanzar la luz de su mesita de noche. El despertador indicaba las 5:37 de la madrugada.

«*Estupendo*» —pensó con una mueca de fastidio—. «*Se acabó el sueño por hoy*»

Se incorporó y se deshizo de la camiseta empapada en sudor de camino al cuarto de baño. La luz blanca del fluorescente le hizo parpadear hasta que sus ojos se acostumbraron a la claridad. Se apoyó con ambas manos en el lavabo y permaneció unos segundos frente al espejo, con la cabeza agachada y los ojos cerrados. Cuando por fin se enfrentó a su reflejo, contempló un rostro cansado y ojeroso. Pasó la mano por su cabeza, acariciando el pelo corto que hacía tiempo que había sustituido al rapado que solía lucir en el ejército. Era un gesto que le relajaba y lo repetía a menudo, como si con él consiguiera aliviar el embotamiento de su cerebro. La imagen

del espejo le devolvió una sonrisa sarcástica adornada por una barba de varios días.

—Estás jodido, Liam —aseguró en voz alta, enfrentándose a su mirada—. Bien jodido.

Abrió el grifo de la ducha y, quitándose los *boxers*, se metió bajo el agua sin esperar a que ésta se entibiase. Necesitaba despejarse. Borrar los residuos de las imágenes que aún permanecían en su mente tras la pesadilla y aletargar su cerebro de alguna manera para que dejase de torturarlo. Sólo cuando diez minutos después comenzó a tiritar de frío, se dio por satisfecho.

Aún era temprano, así que pasó un buen rato haciendo flexiones y levantando pesas en el gimnasio que había preparado en uno de los rincones de su *loft*. Desde allí, a través de unos grandes ventanales, podía disfrutar de unas magníficas vistas de la ciudad con el Támesis como principal escenario y el London Eye de telón de fondo. A esas horas tempranas, previas al amanecer, la gigantesca noria inundaba el paisaje de un color verde luminoso, enfatizado por su brillante reflejo en las oscuras aguas del río.

Al finalizar, agotado por el esfuerzo, se apoyó en el cristal de la ventana con la frente sobre el antebrazo. Contempló el amanecer en silencio, pensativo. En pocos minutos, la oscuridad cedió su lugar a los primeros rayos de luz y con ellos la ciudad comenzó a cobrar vida. Varios cruceros turísticos se preparaban para surcar las aguas del río cargados de excursionistas que en breve comenzarían a hacer su aparición. Los viandantes más madrugadores caminaban taciturnos resguardándose del frío invernal bajo sus ropas de abrigo y dirigiéndose a sus respectivos lugares de trabajo como zombis somnolientos. Las orillas del Támesis daban la bienvenida al nuevo día bañadas en la ligera neblina que solía formarse a su alrededor en algunas mañanas de invierno. A Liam, los días como aquel le recordaban las viejas historias de Londres en las que Jack el Destripador o el Dr. Jekyll y Mr. Hyde campaban a sus anchas escudándose en el blanco manto de la niebla para atacar a sus víctimas. El lúgubre aspecto de la ciudad que plasmaban las novelas de aquella época le atraía. Lástima que la imagen estereotipada de la ciudad de Londres cubierta de niebla no fuese más que un mito. Desde que, allá por los años cincuenta, se restringieron las combustiones de carbón en las chimeneas de los hogares londinenses, la niebla tóxica no tardó en desaparecer.

Después de darse otra ducha, se preparó dos huevos revueltos con tostadas y un café. Comenzó a dar buena cuenta del desayuno, sentado en uno de los taburetes que había comprado cuando se mudó a aquel luminoso *loft* y que había colocado junto a la barra americana de la cocina. Mientras masticaba, se quedó mirando el asiento desocupado a su lado. ¿Por qué diablos había comprado dos? ¿Acaso alguna vez iba a colocar su culo en los dos al mismo tiempo? No recibía visitas. Nadie, excepto él mismo, había entrado nunca en la que ahora era su casa o, mejor dicho, su central de operaciones. Y nadie lo haría jamás. Una ráfaga de melancolía intentó hacer mella en sus pensamientos, pero enseguida la desechó de un manotazo.

«Bah, tonterías» —pensó, levantándose con una tostada a medio morder en la mano.

Sólo llevaba puestos unos vaqueros, le encantaba sentir el tacto de la madera en sus pies descalzos. Le hacía sentirse vivo. Al pasar junto al espejo que había colocado frente a la cama, éste le devolvió la imagen de un torso musculoso, tatuado con una larga y tortuosa cicatriz en un costado. En uno de los rincones de la estancia, justo frente al gimnasio improvisado, una gran mesa en forma de L le esperaba repleta de monitores y diversos aparatos electrónicos. Encendió su portátil, acabando con el último bocado de pan antes de sentarse y teclear la contraseña de acceso. Mientras esperaba el arranque del ordenador, Liam abrió un sobre que había depositado sobre la mesa la noche anterior. Revisó de nuevo cada una de las fotografías que contenía. En todas ellas aparecía, en distintas situaciones, el mismo hombre de unos treinta años, algo entrado en carnes. Saliendo de un coche, entrando en un edificio de viviendas, saliendo del Centro Galin de Investigación Astrofísica con un maletín, tomando algo mientras ojeaba el móvil en un café de Covent Garden...

Liam grabó en su memoria, por milésima vez, hasta el último detalle de aquel hombre. Sus gestos; su mirada; la manera en que su pelo moreno y liso, algo largo y desgreñado, caía sobre su rostro; la ropa que lucía con bastante poco gusto...

Aquel hombre era su próximo objetivo y cuando se trataba de llevar a cabo un trabajo, estudiaba cada detalle con una pulcritud casi enfermiza. Todo debía estar controlado y no podía permitirse dejar nada al azar. Un trabajo limpio y rápido. Sin pistas, sin dejar rastro y sin daños colaterales. Llevaba a cabo el trabajo de forma muy

profesional y ese era uno de los motivos por los cuales, ILIX siempre volvía a confiar en él para una próxima limpieza.

Cuando regresó de Afganistán, los médicos y psicólogos que lo trataron durante meses en Florida llegaron a la conclusión de que lo mejor era que Liam dejase el ejército. Las heridas físicas habían sanado hacía tiempo, pero según palabras de los especialistas, la guerra lo había desestabilizado emocional y mentalmente. No era apto para volver a empuñar un arma y mucho menos para enfrentarse de nuevo al estrés de la batalla. Aquella noticia lo descolocó por completo. El que, a pesar de la medicación, de vez en cuando tuviese terribles pesadillas o que sin previo aviso las manos comenzasen a temblarle descontroladamente, no significaba nada. El ejército era su vida. Una vida que él había arriesgado en su nombre en innumerables ocasiones y en la que, en muchas otras, le habían condecorado por su valentía en situaciones críticas. Fue un buen soldado, respetado y querido por todos sus altos cargos y sus propios compañeros. Hasta que un día su cerebro se cansó de tanta violencia, tanta sangre y tanta crueldad. Simplemente dijo basta y se negó a permitirle continuar. Todos los que le habían alabado y admirado por sus hazañas en el pasado se limitaron a ignorarle y pronto encontraron un sustituto al que dar palmaditas en la espalda. Entonces Liam se encontró solo, sin un motivo por el que seguir levantándose cada mañana, sin meta alguna en su vida y psicológicamente hundido. El dinero no era un problema. Le había quedado una buena paga, pero se sentía inútil. Comenzó a frecuentar los bares de la ciudad junto a un par de marines en una situación similar. Pronto el alcohol fue su fiel compañero, en el que ahogaba sus penas cada día. Su vida fue en declive y en poco tiempo se encontraba arrastrándose por el fango. Pasaba los días borracho, entre continuas peleas. Se alimentaba muy mal y su deterioro físico era ya evidente.

Por suerte, Adam Baker lo sacó a rastras una noche de entre los cubos de basura de un callejón. Adam era un sargento retirado que había trabajado para la CIA y que fue muy amigo de su padre hasta que éste murió de cáncer. Aquella noche, llevó a Liam a su propia casa y lo duchó con agua fría, tratándole, durante los días que siguieron, con disciplina militar. Sin alcohol, con una buena alimentación y los cuidados de Adam y su esposa Edna, no tardó en mejorar. Desde el primer día en el que, ya sobrio, tuvo una intensa y emotiva charla con Adam, Liam supo que su vida debía cambiar. Con la ayuda de aquel hombre, que le ofreció la comprensión y el

apoyo de un verdadero padre, logró volver a ser el que era. Al menos, el hombre en el que se había convertido después de volver de Afganistán. Aprendió a sustituir el alcohol por el ejercicio físico cuando la frustración era más fuerte que su razón y su vida cambió radicalmente.

Adam estaba convencido de que, para reponerse por completo, Liam debía cambiar de aires. Encontrar un trabajo que le motivase y le mantuviese ocupado lejos de allí. Impulsado por esa idea, Adam se puso en contacto con un amigo de su juventud en Londres y, a través de él, le consiguió un trabajo allí en una empresa de seguridad. Liam aceptó de buena gana. No pensaba dejar escapar la nueva oportunidad que la vida le ofrecía y se mudó a la ciudad del Big Ben, muy ilusionado.

Pasaron los meses y, aunque estaba contento con su trabajo, le resultaba sumamente tedioso. Sentía cómo el aburrimiento iba devorando sus nervios poco a poco. Necesitaba algo más de acción. Uno de sus compañeros le ayudó a ponerse en contacto con ILIX, la organización para la que poco después comenzó a trabajar. Todos los integrantes de su nueva ocupación eran unos completos desconocidos entre sí. Liam ignoraba quién estaba al frente y de quién provenían las órdenes. Cada cierto tiempo recibía, con las más altas medidas de seguridad, una comunicación encriptada en la que se le proponía un trabajo. Tenía libertad para aceptarlo o no, pero nunca había rechazado ninguno. Su cometido consistía en eliminar, de la manera más discreta posible, a la escoria de la sociedad. Gente vil y despreciable que perjudicaba a los demás, no por necesidad, sino por voluntad propia, por placer. No se trataba de quitar de en medio a cualquier maleante de tres al cuarto. Los objetivos fijados eran gente con mucha capacidad para hacer daño. Antes de aceptar un trabajo, Liam estudiaba concienzudamente el caso que le proponían. Además de toda la información y la documentación que le facilitaban, espiaba durante un tiempo al individuo hasta asegurarse de que haría un favor al mundo si lo eliminaba. Era entonces cuando aceptaba la oferta y, sin remordimiento alguno, lo ejecutaba. Sus años de entrenamiento previo lo transformaban en un asesino que no dudaba lo más mínimo a la hora de apretar el gatillo. Una vez terminado el encargo, recibía una buena cantidad de bitcoins⁵ a modo de pago. Posteriormente, cambiaba la moneda virtual por dinero en efectivo y, tras retirar la parte que estimaba necesaria para sus gastos, donaba el resto a las personas afectadas por las acciones de la basura que

acababa de eliminar. Esa noche dormía relajado, sin pesadillas, con la conciencia tranquila del que está convencido de haber realizado una buena acción. Por sus manos de verdugo habían pasado traficantes de drogas, pederastas, terroristas, asesinos, secuestradores y todo tipo de inmundicia. Con cada trabajo realizado, Liam volvía a sentirse útil y esa sensación era como una droga que necesitaba tanto como respirar.

Liam repasó mentalmente el recorrido que el objetivo hacía cada mañana de camino al trabajo. Vivía solo y salía de su casa en Sussex Gardens sobre las 8:00 para tomar el metro en Paddington y llegar a su oficina un poco antes de las 9:00. Liam había entrado en su casa cuando éste estaba ausente. Era un piso pequeño de muebles antiguos y añeja decoración. Hacía tiempo que nadie se encargaba del orden y la limpieza de aquel lugar. Se encontró ropa repartida por todas partes, el fregadero atestado de platos y vasos sucios, y latas vacías de Coca-Cola y Red Bull por doquier. Una caja de pizza descansaba sobre la mesa del ordenador con restos de la noche anterior o quizá con algo más de solera a tenor del olor a rancio que desprendía. Era la casa de un cerdo. Liam hizo una copia del disco duro del portátil y del contenido de varios pendrives que fue encontrando. Revisó toda la casa de arriba a abajo sin dejar huella alguna de su intrusión, pero no encontró nada que llamase su atención o que incriminase a su propietario. Hasta que Liam regresó a su apartamento y comenzó a trabajar con el material informático obtenido en el registro. Todos los informes que ILIX le había proporcionado sobre aquel hombre eran ciertos. Aquel hijo de puta merecía morir.

Liam, sumido en sus pensamientos, pasó su mirada sobre los monitores de las cámaras de seguridad que rodeaban su casa y que en ese momento mostraban imágenes estáticas de distintos puntos del edificio.

«Será hoy» —pensó, concentrado en el plan que acababa de hilar en su cabeza—. «Lo haré esta tarde, cuando salga de su trabajo»

Revisó de nuevo las notas en las que había ido apuntado los detalles de los movimientos que su objetivo había efectuado durante las últimas semanas. Todos los días, con puntualidad inglesa, salía del edificio Galin a las 17:00 y caminaba hasta la boca del metro de Mile End Station. Siempre iba solo y no se entretenía a hablar con nadie. Era un excéntrico solitario que caminaba con paso firme como

si tuviese prisa por llegar a casa. Prisa por quitarse el disfraz de hombre honrado y respetable y transformarse en el monstruo que llevaba dentro. Prisa por dar rienda suelta al Mr Hyde que se escondía tras una apariencia normal y anodina.

Liam se sentó delante de su ordenador y comenzó a teclear los códigos de la aplicación que le permitía enviar un mensaje cifrado a ILIX con el lugar y la hora en la que cometería el asesinato. Inmediatamente después, algún otro colaborador se encargaría de la limpieza para no dejar rastro. «*Hoy, a la salida del trabajo. 17:00*» —Escribió y a continuación presionó la tecla INTRO.

Las palabras que acababa de escribir se transformaron en códigos ilegibles y desaparecieron. Una X roja ocupó su lugar en la pantalla, indicando que la conexión había finalizado borrándose todo rastro de ella del ordenador. Liam apagó su portátil y, al cerrarlo, su mano derecha comenzó a temblar. Enseguida se la sujetó con la otra y comenzó a masajearla hasta que logró recuperar el control de la extremidad.

...

Varias horas después Liam contemplaba su imagen ante el espejo. Iba vestido de negro y con un gorro de lana del mismo color. Sacó el cargador de su Browning semi-automática y comprobó que las trece balas estaban preparadas antes de volverlo a colocar en su lugar y poner el seguro. Metió la pistola en la sobaquera que llevaba bajo la cazadora de cuero y, antes de salir, accionó las cámaras de seguridad y las alarmas con un mando a distancia.

Una vez en el aparcamiento del edificio, subió al BMW negro con cristales tintados que le habían proporcionado un par de días antes para llevar a cabo el trabajo.

—Adelante —susurró para sí mismo, y tras respirar profundamente, se puso en marcha.

Capítulo 3

Liam llevaba casi una hora dentro del coche, pero no le importaba. Estaba acostumbrado a esperar, le ayudaba a relajarse. Había aparcado cerca del centro de investigación en el que trabajaba su objetivo y esperaba paciente. Quiso llegar temprano porque no le gustaban los contratiempos, no quería dejar nada al azar. Los encargados de la limpieza ya estaban apostados a un par de calles y todo el equipo estaba perfectamente sincronizado por radio. Liam había repasado mentalmente una y mil veces lo que iba a suceder, en su cabeza no había sitio para el error. Cuando aquel hombre saliese de trabajar, ya habría anochecido. Caminaría hacia la parada de metro más cercana, con los auriculares puestos, mirando al suelo y ensimismado en sus cosas, como de costumbre. Le seguiría, recorriendo su mismo camino con calma, sin llamar la atención. Dos manzanas antes de llegar a la estación de metro, pasaría por una zona oscura en la que había una vieja fábrica abandonada. La gente normal cambiaría de acera al llegar a ese lugar, pero Liam sabía que a aquel tipo le daba igual. Se limitaría a echar un rápido vistazo al lóbrego interior del edificio a través de las ventanas destartaladas. Miraría cauteloso como si temiese que, en cualquier momento, una sombra fuera a deslizarse desde la negrura para abalanzarse sobre él. Aquella noche las

sombras serían aún más negras porque Liam se había encargado de la bombilla de una de las farolas del recorrido. Esperaría a que el individuo caminase hasta ese preciso lugar, lo suficientemente falto de luz como para ocultar sus intenciones. Entonces conduciría despacio, colocándose a su altura, bajaría la ventanilla y, con un sólo disparo en la cabeza, acabaría con la vida de aquel indeseable. Su apoyo aparecería inmediatamente después para limpiar la zona. Así de sencillo. Ni siquiera conocía a los hombres que iban a complementar su misión. Era mejor así. Cuando aceptaba el trabajo, se le asignaba un equipo de limpieza acorde a éste, del que sólo conocía la hora y el lugar en el que le estarían esperando, listos para la acción.

Liam comprobó una vez más que la pistola estaba en su lugar, tanteando bajo su chaqueta. Justo entonces su mano comenzó a temblar. Con gesto preocupado, abrió y cerró varias veces los dedos, sacudiéndola para que dejase de hacerlo. Le ocurría siempre durante la calma aparente antes de cada trabajo. Su mente estaba tranquila y la respiración relajada, pero los músculos se tensaban involuntariamente bajo su piel. Entonces, su mano dejaba de obedecer las órdenes de su cerebro y parecía tomar vida propia. Tal vez fuera la manera que tenía su cuerpo de expresar su descontento por lo que hacía. Como si algo en su cabeza se amotinara y lograra sabotear las neuronas que enviaban las señales a los nervios de la mano cuyo dedo debía apretar el gatillo. Seguramente la culpa era de esa parte de su mente que, segundos antes de quedarse dormido, aprovechaba su estado de semiinconsciencia para susurrarle que debería dejar todo aquello. Que aún estaba a tiempo de marcharse lejos y cambiar de vida. La parte de su cerebro que se negaba a abandonarle a su suerte y dejar que se transformara

definitivamente en uno de los monstruos que el mismo se encargaba de eliminar. Pero él prefería ignorar aquel tipo de señales de advertencia porque lo que hacía no estaba mal. Aportaba su granito de arena para hacer del mundo un lugar mejor, y así seguiría siendo.

Un movimiento en la entrada del edificio que vigilaba llamó su atención.

—¡Mierda! —exclamó, colocando sus manos en el volante.

—¿Qué ocurre? —escuchó a través del auricular colocado en su oreja.

—El sujeto está saliendo del edificio, pero se ha adelantado. Aún no ha anochecido y hay demasiados testigos...

—El plan sigue en marcha —dijo una voz al otro lado después de unos segundos.

Liam escuchó el motor del vehículo que su interlocutor acababa de arrancar y comenzó a impacientarse. No saldría bien. Había demasiados testigos y alguien más podría resultar herido. La situación se estaba volviendo complicada.

—Debemos abortar, no será un trabajo limpio —opinó, revolviéndose nervioso en su asiento.

—Tenemos órdenes de hacerlo hoy. ¡Hazlo ya o habrá consecuencias! —le ordenó la voz grave de aquel hombre.

—¡No voy a dispararle! —rehusó Liam.

—¡Pues improvisa!

Liam arrancó el motor del coche, maldiciendo. El objetivo estaba cruzando la calzada y Liam dudó unos instantes cuando aquel tipo se volvió para saludar a una mujer que le hacía señas desde la acera.

—¡Mierda, mierda, mierda! —maldijo Liam.

—¡¡Hazlo ya!! —rugió su auricular.

Liam pisó a fondo el acelerador con rabia y casi no escuchó el golpe seco del parachoques contra las rodillas de Marcus debido al bramido del motor y al taco que soltó con un grito encolerizado.

—¡¡Joder!! —bramó, alejándose a toda velocidad. Antes de desaparecer, por el espejo retrovisor observó cómo aquella mujer corría horrorizada hacia el accidentado.

—¡Mierda! ¡Esto ha sido una chapuza! ¡Demasiados testigos! —chilló, fuera de sí.

—Déjanoslo a nosotros. Tu trabajo ha terminado —le anunciaron y acto seguido la comunicación se interrumpió.

Escuchó en la lejanía la sirena de una ambulancia. Se habían dado demasiada prisa, de esa forma aún levantarían más sospechas. Pero ¿quién demonios era aquella mujer? Y ¿por qué habría adelantado tanto aquel tipo su salida del trabajo? No podía haber elegido peor momento para cambiar de costumbres. La imagen de aquella chica, con el pánico reflejado en su rostro, volvía una y otra vez a los pensamientos de Liam sin que éste pudiese evitarlo. En tan sólo unos segundos, pudo captar el horror reflejado en su cara blanca como la nieve. Un rostro que no debería haber estado allí.

Trató de comunicarse con los limpiadores, pero no respondían a sus llamadas. Condujo hasta el lugar en el que estaba previsto que debía abandonar el vehículo. Estaba tan alterado que tenía que obligarse continuamente a controlar la velocidad para no superar el límite y llamar la atención. Cuando estacionó el BMW y se disponía a salir de él, se restableció la comunicación por radio y una voz conocida le

indicó que todo había salido según lo previsto, felicitándole por su trabajo.

—¿Qué ha ocurrido con la mujer? —preguntó Liam.

—Zona limpia y sin contratiempos. Todo en orden — obtuvo por respuesta. Y la comunicación volvió a cortarse.

Liam se arrancó de un tirón el auricular y el micrófono y los lanzó enfurecido al asiento del copiloto. Salió del coche andando a buen paso y subiéndose la cremallera de la chaqueta de cuero. Un escalofrío recorrió su espalda y sospechó que aquella sensación de malestar no era sólo culpa de la temperatura. Varias calles más allá, tomó un taxi que le dejó muy cerca de su apartamento. Pagó al taxista sin reclamar el cambio y cinco minutos y un pequeño paseo después, cerraba tras de sí la puerta de su casa. Después de desconectar los sistemas de alarma, lanzó el gorro de lana y la chaqueta sobre la cama y fue directamente hacia el ordenador.

La pantalla tardó unos instantes en encenderse y mostrar un cursor parpadeante que aguardó inquieto a que Liam introdujera la contraseña. Después de escribirla y colocar en el lector su huella dactilar, el programa dio paso al siguiente nivel de seguridad. Debía contestar correctamente a una pregunta que sólo él conocía.

«¿Qué lleva Caperucita en la cesta?» —fue la cuestión elegida aleatoriamente por el programa de entre todas las disponibles.

«Las orejas del lobo» —respondió con una media sonrisa sarcástica.

Inmediatamente apareció en la pantalla el logotipo de ILIX, una golondrina de papel de color azul haciendo un picado. Ya estaba conectado.

«*Objetivo neutralizado*» —escribió y esperó una respuesta, nervioso, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

«*Limpieza ejecutada*» —leyó. Pasaron unos segundos eternos hasta que una nueva frase apareció en la pantalla—: «*Trabajo finalizado*».

La imagen de la golondrina comenzó a girar vertiginosamente, formando una espiral cada vez más pequeña, hasta que el último pixel de ésta desapareció en el centro de la pantalla, que se volvió completamente negra.

«*Ya está*» —pensó Liam—.

Pero seguía inquieto. ¿Por qué razón le habrían forzado a hacerlo de forma tan precipitada y chapucera? Se había dejado llevar aceptando unas órdenes desatinadas e incoherentes. No era necesario hacerlo en ese momento, podrían haber esperado perfectamente hasta el día siguiente. Incluso un secuestro exprés hubiese sido mejor opción. Desde el mismo momento en que apretó el pedal del acelerador, supo que no era una buena idea. Pero ya no podía parar. Se dio cuenta de que habría un testigo directo cuando vio a la chica. Seguramente sería alguna compañera de trabajo. Por experiencia, Liam sabía que un testigo que tuviese una relación directa con la víctima, podría suponer un verdadero problema. Las personas que presencian el accidente o el asesinato de un extraño, pronto olvidan. Vuelven a sus casas y a sus vidas, archivando en su memoria lo sucedido, como una anécdota más que contar. Pero el testigo que tiene algún vínculo con el objetivo, por pequeño que sea, continuará indagando y posiblemente removiendo cielo y tierra hasta obtener respuestas. Aquella chica era un cabo suelto y por un momento temió que se convirtiese en un daño colateral.

Liam se dio una larga ducha para tratar de relajarse un poco. La satisfacción por el trabajo bien hecho que solía experimentar, había sido sustituida por un mal sabor de boca del que no lograba desprenderse.

Se preparó unos fideos chinos en el microondas, que devoró viendo las noticias. Cazas británicas lanzaban sus primeros bombardeos contra Daesh. Por fin el parlamento británico había autorizado bombardear a los yihadistas, sumándose a la coalición internacional. Cuatro cazabombarderos Tornado habían despegado de la base de Akrotiri en Chipre, donde Reino Unido mantenía a casi novecientos militares, varios cazas, una aeronave Voyager de repostaje y drones Predator⁶ armados con misiles Hellfire⁷, todos ellos listos para atacar al Estado Islámico en Irak.

Cada vez que Liam escuchaba una noticia sobre la guerra, no podía evitar ponerse en la piel de los soldados que luchaban en el frente. Le invadía una sensación de vértigo y desasosiego, generada en parte por la rabia que sentía al no poder ser uno de ellos, y en parte por la envidia y el mono de adrenalina a la que se había vuelto adicto y de la que, de vez en cuando, necesitaba un chute. Aquella noche no durmió bien. Pesadillas en las que aparecían fusiles de asalto, yihadistas y helicópteros lanzando misiles a su alrededor, se lo impidieron. Y como denominador común en todas ellas, una melena rubia indefensa ante aquella brutal violencia y a la que él debía proteger a toda costa. No pudo conciliar el sueño hasta poco antes del amanecer, momento en el cual, su mente agotada se olvidó de los fantasmas con los que tanto le gustaba jugar y le dio un par de horas de tregua a su agotado cuerpo.

El pitido del ordenador le despertó poco después. Medio dormido identificó, abriendo un sólo ojo, la golondrina azul de papel en el monitor. Se incorporó de inmediato. Tenía una nueva misión, lo cual le resultó extraño porque normalmente pasaban días, incluso semanas, entre varios encargos. Al introducir sus credenciales, recibió un archivo comprimido. Uno de tantos, pero éste se le antojaba diferente. Al hacer doble clic sobre él, la foto de su próximo objetivo ocupó la pantalla por completo. Una mujer rubia de piel clara y rasgos delicados, sonreía ajena al hecho de que alguien acababa de inmortalizar ese momento.

Observó cada centímetro de aquel rostro. Contempló ese instante congelado en el que sus labios se curvaron para mostrar una sonrisa que no pudo ocultar un ínfimo halo de tristeza y que sólo las almas torturadas como la de Liam eran capaces de apreciar. Se detuvo en el curioso y poco común color de sus ojos. El azul intenso de uno de ellos mostraba una porción triangular de color verde, creando una asimetría en su mirada que a Liam le pareció verdaderamente hermosa. Aquellos ojos mostraban algo más que una simple mirada y él se dejó llevar al instante por su intensidad, por el dolor y la soledad que expresaban. En ese momento supo que tenía un problema. Un verdadero problema.

Notas:

¹ Instrumento de viento utilizado por los aborígenes de Australia. Pertenece a la familia de las trompetas. Es un tubo de madera que se hace sonar al hacer vibrar los labios en el interior.

² Iniciativa destinada a buscar signos de vida inteligente en el Universo, empleando recursos que no habían sido utilizados para ese propósito hasta el momento. Comenzó en julio de 2015 con una financiación de 100 millones de dólares, después de 10 años de investigaciones.

³ Proyecto SETI: (Search for Extra Terrestrial Intelligence) Fue uno de los primeros proyectos que, bajo el patrocinio de la NASA, se crearon para tratar de encontrar vida extraterrestre inteligente. La iniciativa surgió durante los años setenta y el más famoso fue llamado SETI@Home, en el que millones de personas de todo el mundo ofrecieron la capacidad de cálculo de sus ordenadores personales para ayudar a procesar la información recopilada por, entre otros, el radiotelescopio de Arecibo, situado en Puerto Rico.

⁴ Dispositivo electromecánico usado por los criptólogos británicos para ayudar a descifrar las señales cifradas por la máquina alemana Enigma, durante la Segunda Guerra Mundial. El diseño inicial del Bombe fue producido en 1939 por Alan Turing.

⁵ Unidad monetaria virtual concebida en 2009. Es una criptomoneda (medio digital de intercambio en Internet) que se caracteriza por estar totalmente descentralizado, es decir, no está respaldado por ningún gobierno ni depende de la confianza en un emisor central.

⁶ Vehículo aéreo no tripulado de altitud media y largo alcance. Sirve principalmente en misiones de reconocimiento, pero además tiene capacidad ofensiva con la posibilidad de incorporarle dos misiles Hellfire.

⁷ Misil aire-tierra estadounidense diseñado para destruir carros de combate desde helicópteros o aviones. Las primeras tres generaciones del misil Hellfire eran guiadas por láser y la cuarta generación utiliza un buscador de frecuencia de radar.
